

Luis Alonso

Madrid, 1955. Arquitecto.

«Siempre revisito mis edificios 15 años después»

El autor de las renovadas Arenas vive un momento dulce. Mientras la mayoría de sus colegas atraviesan sus horas más bajas, su despacho se acaba de agenciar la villa olímpica de Río de Janeiro de cara al 2016. ¿El secreto? Como buen ultrafondista, sabe que hay que resistir y mirar muy lejos.

POR NÚRIA NAVARRO

El despacho de Luis Alonso ha firmado la reforma de las Arenas, el Hesperia Tower, los baños Aires de Barcelona –y 60 balnearios más–, el Hotel Ohla, la bodega Txakoli de Arguiñano y el vestuario del Barça. Y en plena expansión internacional –trabaja en 11 países–, acaba de ganar la firma del complejo para árbitros y prensa de la villa olímpica de Río de Janeiro. Una buena mercomina para la herida abierta por el ninguneo de «la rama académica».

–¿Siente que está saliendo de una travesía en el desierto?

–Me siento un poco pionero. Y es sabido que el pionero es el que lleva clavadas todas las flechas. ¿Sabe por qué mi socio, Sergi Balaguer, y yo empezamos a salir fuera?

–No, señor.

–Porque en los últimos años, de los 13 concursos del Ayuntamiento de Barcelona y de los 52 de GISA [Generalitat] a los que nos presentamos, los perdimos todos. Sentimos el boicot de la rama académica.

–Menudo varapalo.

–Y el año pasado me presenté a las elecciones al Col·legi d'Arquitectes y perdí estrepitosamente. Mi lema era «sacarnos los complejos» y «reivindicar el papel de la arquitectura catalana como abrelatas económico», como lo ha hecho la gastronomía catalana. Pero resulta que no sabemos exportar... Así que, antes de la crisis, en el 2006, nos quitamos los



«A los 14 años me regalaron un Exin Castillos. El placer que sentía marcó el camino»

«Durante años la rama académica nos boicoteó. No ganamos ni un solo concurso»

complejos, salimos fuera y hoy ya estamos en 11 países. Ahora llaman a la puerta para preguntar cómo lo hemos hecho. Creo que una de las claves es que la arquitectura debe entender de economía.

–En tiempos de despiporre, muchos entendieron que debían cobrar fortunas por sus pirámides.

–Ahora la arquitectura debe hacer una reflexión y cambiar el paso. Junto al brasileño Joao Pedro Backhaus, hemos desbancando a mil arquitectos de 80 países al lograr la villa olímpica de Río, y lo hemos hecho reivindicando el modelo de promiscuidad funcional de Barcelona.

–¿Promiscuidad funcional?

–En Barcelona, en una misma isla encuentras vivienda, oficinas, hoteles, zonas verdes, comercio, escuelas. Es un modelo distinto al liderado por EEUU, que crea guetos funcionales: un lugar para trabajar, otro para vivir y otro para el ocio. Eso origina un problema de psiquiatría. El ciudadano es esclavo del coche, de la energía, de la pérdida de tiempo. En Río dijimos que era importante la promiscuidad, y ganamos.

–Si trabaja en 11 países, andará todo el día sobre aviones.

–Yo, que soy muy ordenado, lo apunto todo en esta libretita. Mire...

–¿Qué dice la libretita?

–Que este año llevo 17 viajes, cinco de ellos cruzando el Atlántico. Pero compenso el cansancio con las maratones. Al final del día, me voy a correr a la carretera de les Aigües.



–Suena inhumano, la verdad.

–Si no lo hiciera, reventaría. Llevo unas 18 maratones en las rodillas, –este año haré por quinta vez la de Nueva York–. En la maleta siempre viajan unas zapatillas.

–Uno se imagina al arquitecto jugando al golf o al tenis.

–Yo vengo de una familia muy humilde. Estudié en la Universidad Laboral de Alcalá de Henares porque era la única manera de acceder a los estudios, a través de una beca. Luego vine a estudiar Arquitectura a Barcelona. Entre los 14 y los 20 años corrí media distancia con el Vallehermoso de Madrid. Curiosamente, mi socio, Sergi Balaguer, lo hacía en el Club Natación Barcelona. Éramos rivales y nos encontrábamos a cara perro por toda España.

–Llevan 34 años juntos.

–Es un placer compartir ideas y despacho con él. Cuando llegaron los hijos, aparcamos el atletismo y luego hemos vuelto a la maratón. La mezcla de sufrimiento y placer nos ha fomentado una enorme autodisciplina.

–¿Siempre se quiso arquitecto?

–Desde los 14 años. Me regalaron un Exin Castillos y el placer que sentía jugando me marcó el camino... La arquitectura es una de las profesiones más hermosas y románticas. Si se fija, en todas las películas de Richard Gere siempre hace de arquitecto.

–Hablando de cine, ¿es cierto que Woody Allen se enamoró de su casa?

–Sus productores vinieron a verla porque había salido en varias revistas por algunas soluciones atípicas.



JOAN PUIG

Luis Alonso, en 'su' terraza del Hotel Ohla, en Vía Laietana, el pasado martes.

—¿Cómo de atípicas?

—Los techos son de cristal, por ejemplo. Permiten visualizar todo el espacio continuamente. Finalmente no salió en *Vicky, Cristina, Barcelona* porque presentaba problemas para la grabación.

—¿Su casa resume sus obsesiones?

—Algunas. Aunque creo que lo lógico es vivir en horizontal, mi casa es estrecha y vertical. Es el peaje de querer vivir en el cogollo de Barcelona. Pero sí refleja mi gusto por la transparencia, que convierte los problemas en soluciones; y por la fluidez, la misma que hemos empleado en las Arenas y que permite una eferescencia visual. Y tiene en cuenta la sostenibilidad y la presencia del agua: tengo una piscina interior que se calienta con energía solar.

UN MOMENTO por Sergi Balaguer (*)

El rival que no 'descolgué'

Le conocí en nuestra época de juveniles compitiendo en 800 y 1.500 metros de atletismo, él en el FCB y yo, en el Club Natació Barcelona. Nos convertimos en rivales.

El venía de Madrid y no era conocido en nuestro mundillo atlético, pero lo calé enseguida en dos pruebas de los campeonatos universitarios, donde yo solía ser el favorito. En las dos pruebas se produjo la misma historia: yo comenzaba a mandar en la carrera a un ritmo fuerte, con la intención de que se fueran descol-

gando los rivales, y así fue sucediendo excepto con uno de ellos, Luis Alonso, que se mantenía pegado a mí, aguantando con cara de sufrimiento, para acabar por sobrepasarme en la recta final.

Comprendí que me debía aliar con él y así formar equipo. Ese equipo ha subsistido 35 años como matrimonio arquitectónico y ese espíritu nos ha permitido luchar relevándonos.

* Amigo y socio en el despacho Alonso Balaguer y Asociados.

—¿Los espacios deben ser bellos?

—Deben ser humanos. Yo concibo espacios por y para la gente. Y revisito mis edificios 15 años después de su construcción.

—¿Llama a la puerta y se presenta?

—No, llamo por teléfono a los vecinos de la escalera elegida y les digo que quiero ir un sábado. A veces se necesita valentía, porque en algunos casos recibes críticas feroces. Pero yo voy a que me digan honesta y sinceramente cómo se vive.

—Según usted y los vecinos, ¿qué debería cambiar?

—Durante los 10 años anteriores a la crisis se ha ido clonando un modelo de vivienda que se vendía bien sin cuestionarnos nada. La bonanza narcotiza...

—Despiértenos, venga.

—La vivienda debe pasar por la flexibilidad y los espacios compartidos.

—Matices.

—Es absurdo que la mayor inversión de una familia, que es la vivienda, sea el mismo modelo cuando estás solo, en pareja o con hijos. Hay que crear los núcleos húmedos —baños— y proyectar el resto de forma que se puedan hacer particiones en función de las necesidades. Y luego pensar en servicios compartidos, como lavandería o salas de juegos, que generen un sentimiento de comunidad.

—¿Qué espacio le da felicidad?

—El Guggenheim de Frank Lloyd Wright, en Nueva York. Cada vez que entro siento tranquilidad y a la vez excitación. Por el recorrido, la luz, el control del sonido. Entre los míos, el balneario del O2, que aquieta el espíritu, y el de Aire de Barcelona.



«Llevo 18 maratones en las rodillas. En la maleta siempre viajan unas zapatillas»

—La Hesperia Tower, si me permite, es un gigante en medio de la nada.

—Ya tuve algunas discusiones con mi socio en el proyecto, Richard Rogers. Habría hecho algunos aspectos de manera diferente... El restaurante, por ejemplo, es poco sostenible. Pero instalar un equipamiento de cinco estrellas en una zona residencial de la inmigración de los años 60 era arriesgada. Debía funcionar como un regenerador de la zona.

—¿Es el papel de la arquitectura?

—El objetivo es el bienestar. La arquitectura condiciona el comportamiento. Genera violencia, angustia, armonía, unión.

—Así, ¿el Barça ganó la Champions un poco por culpa suya?

—Para el vestuario del Barça, en forma de U, pensamos cómo potenciar el buen rollo entre los jugadores. Como soy muy culé, sentí la tranquilidad del trabajo bien hecho. Nos quedó pendiente el túnel de salida, que no está al altura del equipo.

—Deporte y arquitectura. Ha logrado juntar sus dos placeres...

—Desde el primer centro deportivo que hicimos en 1982, el Arsenal, nos sentimos cómodos aportando nuestras experiencias deportivas. Unas 200.000 personas hacen deporte en centros proyectados por nosotros. Pero, ¿sabe cuál es la tendencia?

—¿Cuál es la tendencia?

—La transversalidad. En el futuro se vinculará bienestar, cultura, ocio y deporte. Y en eso ya estamos. ■